

14 de Junio. El 20 murió Barendz, cuando le sonreía la fortuna. Después de muchas aventuras y de varios sucesos, que no merecen especial mención, arribaron el 1.º de Noviembre á Amsterdam. Duró la expedición 17 meses, 10 de los cuales fueron de grandes sufrimientos, privaciones y tristezas ¹. Acabáronse los ensayos para descubrir el paso Noroeste y la mar hiperbórea. Heemskerh se hizo luego famoso, y fué terror del gobierno español, como antes Drake.

En 1595 llegaron los Holandeses á las Indias orientales por el paso del Cabo, echando los cimientos de esa gran institución que llevó el nombre de *Compañía Holandesa de las Indias Orientales*, de la cual se hablará más adelante. En 1598 salió otra escuadra con objeto de ir al Pacífico por el estrecho de Magallanes, considerado entonces como el único camino para llegar al otro Océano. De la flota que hizo el viaje, solamente un barco volvió á Holanda. Puédese asegurar que los Holandeses exploraron al mismo tiempo el polo Norte y el polo Sur.

¹ Gerardo de Veer escribió una extensa y dramática relación de este viaje, con el título de *Het derde Deel van de Navigatie om den Noorden*. Amsterdam, 1605.

XX

LAS INDIAS HOLANDESAS

Interrumpido el comercio de los Holandeses con España y sus posesiones, y aun más el de los Ingleses, aquellos tenían, en realidad, el monopolio de los productos ultramarinos en Europa. Viéndose dueños del mercado, subieron entre otros el precio de la pimienta. De ordinario el precio de aquella especia era de 2 chelines, 8 peniques, á 2 chelines, 9 peniques, y los Holandeses lo subieron á 4 y hasta 8 chelines. La Reina, con el objeto de evitar estos abusos, acordó establecer en su nación una *Compañía de las Indias Orientales*, y el 31 de Diciembre de 1600 se publicó una cédula creando la sociedad comercial, la cual habia de fundar más tarde el imperio *Anglo-indiano* ¹. Para estimular la empresa, la reina, no solamente concedió á la Compañía el monopolio de los productos de aquellas apartadas regiones, sino que autorizó á sus individuos para que impusiesen severos castigos á los que intentasen infringir sus privilegios, haciéndoles también merced de ciertas exenciones durante cuatro años. La pimienta descendió á menos de 2 chelines, y el mismo resultado se obtuvo con otros artículos. El capital primitivo de la

¹ El primer gobernador de la Compañía fué Tomás Smith, nombrado por la reina.

después omnipotente Compañía Inglesa de las Indias, fué de 72.000 pesetas.

El 20 de Marzo de 1602 quedó fundada la *Compañía Holandesa de las Indias Orientales*, con un capital de 6.600.000 florines, ó 550.000 pesetas, cifra que demuestra la riqueza de los mercaderes holandeses. De este capital, Amsterdam debía dar la mitad, Zelanda la cuarta parte, y el resto, las demás ciudades. Para ejercer la dirección de la Compañía, debía tenerse en cuenta lo que aportaban los asociados. La primera flota que salió de Holanda guardaba relación con el capital de la Compañía; la cual, desde el primer momento fué investida por los Estados Generales con las mismas facultades que Isabel concedió á la Inglesa. Conviene observar que la sociedad formada por los Holandeses, absorbió todas las empresas particulares que, hasta el día de su creación, habían ejercido el mismo comercio, quedado así consolidado y sancionado por los Estados Generales.

En los tiempos presentes sería injusto y temerario conceder el monopolio del comercio á una compañía de capitalistas, otorgando á éstos la facultad de imponer castigos á los que pudiesen contravenir privilegios de este modo conferidos. Á principios del siglo xvii el asunto era distinto. En primer lugar, no se olvide que aquellas compañías tenían enfrente el poder discrecional del Gobierno español; y en segundo, que los Holandeses, lo mismo que los Ingleses, comenzaban á tratar en esos negocios un siglo después que sus rivales. Demás de esto, había necesidad de hacer alardes de fuerza para producir efecto en las negociaciones orientales y para prevenir las alvosias de los potentados con quienes era preciso negociar. Y como entonces la realización de tales pro-

pósitos, exigían grandes dispendios, no sólo en buques armados, sino en obras permanentes, como puertos y factorías, justo era, que los que á sí mismos se defendían, recibiesen del Estado toda clase de derechos y atribuciones. El primer viaje de los Ingleses fué dirigido á los puertos de Oriente, donde ya tenían relaciones comerciales los Holandeses, comenzando la rivalidad entre unos y otros; que, andando el tiempo, debía ocasionar graves querellas. Un año había transcurrido de la fundación de la Compañía Holandesa, cuando Isabel pasó de esta vida á la otra, y Jacobo subió al trono.

En 1605 salió la tercera expedición de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. La segunda flota que zarpó de Holanda fundó fuertes y factorías en Malabar, y estableció relaciones de amistad con los príncipes de Sumatra. La tercera arrojó á los Españoles de Amboyna, posesionándose para la Compañía, de la ciudad y de la isla. Los Holandeses no se daban por satisfechos, y aspiraban á enseñorearse del archipiélago, donde, en aquella época, se daba únicamente la planta del clavo. El monopolio de esta especie se disputaron por largo tiempo y con empeño Españoles, Ingleses y Holandeses. Probablemente fué importada á Europa, desde tiempos muy antiguos, por varios caminos, y era bastante solicitada en el mercado.

Los Holandeses exigían el aprovechamiento exclusivo, y para conseguirlo, no perdonaron sacrificio alguno. Reclamaron los Españoles la posesión de las islas, en virtud de la bula de Alejandro VI. Los Holandeses se apoderaron de ellas por derecho de conquista, y las disputaron también á los Ingleses que deseaban su posesión; bien es verdad, que éstos

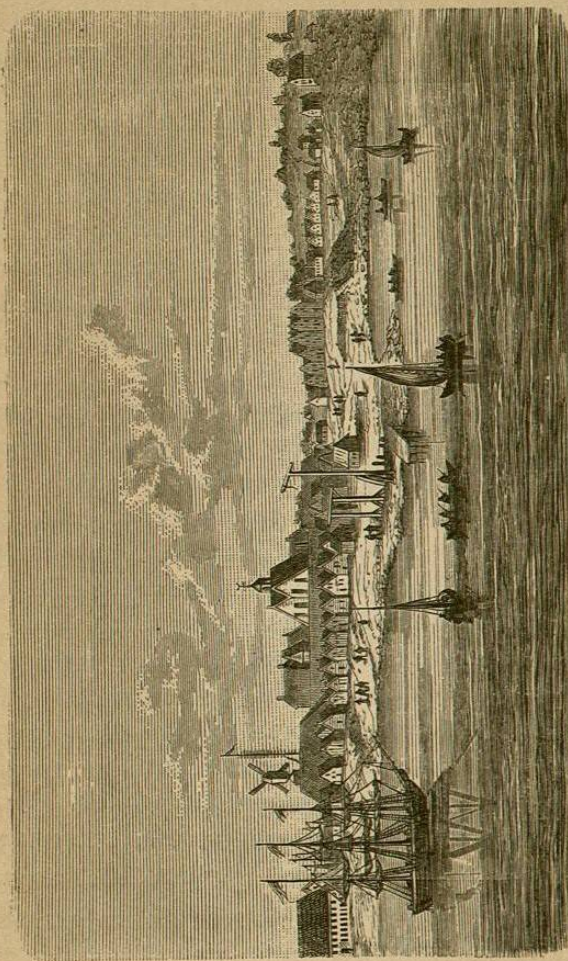
obraban así á despecho de Jacobo, ganoso siempre de vivir en buenas relaciones con España.

La escuadra holandesa comenzó libertando al rey de Ternate; pues éste era el nombre de una de las islas donde se daba el clavo, la cual pertenecía á los Españoles; y por haber preferido la alianza de España á la de Holanda, castigó al monarca de Tydor, después de apoderarse de la fortaleza española y hacer salir á su guarnición. Á esto siguió la conquista de las Molucas, y de esta manera vino á parar á manos de la Compañía Holandesa el ansiado monopolio. En 1607, los Estados Generales, habiendo visto los pingües resultados obtenidos por la Compañía Oriental de las Indias, constituyeron, con los comerciantes y filibusteros que traficaban y saqueaban las posesiones del Nuevo Mundo, la *Compañía de la India Occidental*, á la cual facultaron para extender sus operaciones por las costas orientales de América desde Terranova hasta el estrecho de Magallanes y las costas del Pacífico, y desde el trópico de Cáncer hasta el cabo de Buena Esperanza. Como se ve, la bula de Rodrigo Borgia ya no era respetada.

En 1602 fundaron la ciudad de Batavia en la isla de Java, y los Holandeses le dieron aquel nombre en memoria del primitivo de su patria, eligiendo para edificarla un terreno bajo y abundante en agua. Batavia llegó á ser centro principal de la Compañía de las Indias Orientales, y hoy lo es del poder colonial de los Holandeses ¹. Durante la primera guerra, los Holandeses extendieron y vigorizaron su comercio semicorsario en Oriente, á costa de Españoles y Portugueses, derrotando sus buques, atacando sus forta-

¹ Se construyó en una excelente rada, á imitación de Amsterdam, con sus calles tiradas á cordel, y sus canales cubiertos de árboles.

lezas, y demostrando á cada paso á los gobiernos orientales, que no tenían idea de otro poder diferen-



NUEVO AMSTERDAM.—PRIMER AVEGINDAMIENTO DE LOS HOLANDESES EN AMÉRICA (EL NEW-YORK DE HOY).

te al de España y Portugal, que había otra raza capaz de luchar con ambos pueblos. De tal modo prosperaron en sus empresas y tanto la fortuna favoreció

á sus armas, que los ministros españoles, sin reparar en sacrificios, deseaban la paz.

Pruébalo elocuentemente el combate naval de Septiembre de 1606. El almirante holandés, que hacia tres años cruzaba las aguas de la India, recogiendo los despojos del comercio y de la guerra, determinó poner sitio á la ciudad portuguesa de Malaca. Disponía de 11 buques y de 1.400 tripulantes, y contaba con el auxilio de un príncipe indígena. Cuando el almirante quiso emplear el socorro de los súbditos del sultán de Johore en el sitio de una plaza, comprendió, que aquellos soldados con el rostro pintado, eran, por la flaqueza de su espíritu, inútiles para la lucha.

En esta época, el virrey español Alfonso de Castro, con una flota de 14 grandes galeones, 4 galeras y 16 pequeños bajeles, excitó al sultán de Acheen á construir un fuerte para su propio servicio, agregar la Holanda á sus dominios y pagar el tributo á Felipe III. El Sultán, que conoció entonces lo mucho que podía esperar de los Holandeses, rehusó obedecer, y cuando se hizo uso de la fuerza, rechazó á los Españoles, causándoles considerables pérdidas. Sabedor el virrey Castro del peligro en que se hallaba Malaca, salió en su auxilio con toda su escuadra, encontrando el 17 de Agosto al almirante holandés Matelieff. Tratóse un combate, y aunque la victoria no fué decisiva, Castro consiguió libertar á Malaca por el momento. Al cabo de un mes, habiendo salido del puerto una parte de la escuadra española, Matelieff, después de persuadir á los suyos de que la ocasión era propicia para atacar á los de la ciudad, volvió y desbarató á los Españoles¹. Las naves que pudieron

¹ Malaca cayó en poder de los Holandeses el año 1641.

huir, buscaron refugio en otros puertos, donde los españoles las arrojaron á las llamas para que el vencedor no se aprovechase de ellas. El almirante holandés dió la vuelta á Amsterdam, y los Estados Generales le felicitaron por su comportamiento.

La corte de Bruselas, regida por los soberanos que instituyó en sus postrimerias Felipe II, comenzaba á mostrar su debilidad, y á pesar de su orgullo, no dejaba de reconocer las consecuencias de aquella larga y ruinosa guerra. Enseñábales la experiencia, que si persistían en la política de cuarenta años atrás, que no era otra, sino inspirarse en los actos del gobierno español, extirpar toda idea religiosa que no fuese el catolicismo romano, y establecer la Inquisición, serian arrojados del poder. Con el objeto de resistir algún tiempo, buscaron un pretexto: la exclusión de los Holandeses del comercio de las Indias y del de América. Logrado esto, se habria conseguido, á poco que durase la suspensión del tráfico, empobrecer á sus antiguos enemigos, cegando las fuentes de su riqueza. Con efecto, el comercio de Holanda en Oriente se hallaba en mayor prosperidad que el del Báltico. Los Ingleses rivalizaban con ellos en el Norte; pero los Holandeses les aventajaban en las empresas orientales.

Las negociaciones para la paz duraron tres años, porque se interrumpían cada vez que se pidió la suspensión del comercio de Holanda. La verdad es que un tratado de comercio entre soberanos y súbditos rebeldes no tenia precedentes históricos, pudiéndose asegurar que constituía una completa revolución en la teoría y en la práctica del derecho público en Europa. Con ser esto grave, lo era más todavía que un hombre intentase imponer su religión á una colecti-

vidad, ordenara también hasta qué punto se habían de tolerar otras creencias. Más de una vez, las cortes de Madrid y de Bruselas quisieron acceder complacidas á lo pactado, á condición de que los Estados Generales reconocieran la ficción de la supremacía española. Si á ello estaban dispuestos los Estados nunca pensaron suspender sus relaciones comerciales. Muchos holandeses deseaban la paz, y probablemente Barneveldt era de esta opinión. Otros preferían una guerra interminable, y así lo creía Mauricio: con él estaban los esforzados capitanes, que lo mismo eran mercaderes que piratas. Pero ni Barneveldt, ni Mauricio hubiesen aceptado una paz ruinosa y reaccionaria, en particular el último. Aunque la Europa se mostraba, en aquellas circunstancias, favorable á soluciones pacíficas, y la Holanda se exponía á quedar sola, jamás Mauricio hubiese firmado la paz, mientras su patria, en poco ó en mucho, fuese presa del extranjero. Hizose la paz, bajo la base del reconocimiento de los hechos existentes, y sin mencionar siquiera la cuestión del comercio ultramarino. La República salía gananciosa con este tratado.

XXI

LOS ARCHIDUQUES Y LA GUERRA

Es indispensable recordar algunos hechos anteriores á la tregua de 1609, aunque haya necesidad de repetir acontecimientos; pues, de este modo, se comprenderá mejor la relación sucesiva de esta historia. Felipe II había muerto y los archiduques gobernaban en Bruselas. El rey de España, antes de su última enfermedad, determinó ceder á su hija y al archiduque Alberto, su futuro marido, el gobierno de los Países Bajos. Aunque los Holandeses no confiaban en la unión de las provincias, los ducados insistieron siempre, durante las negociaciones de la paz ó de la tregua, en la condición de que el rey de España y los archiduques debían renunciar su soberanía.

El archiduque Alberto era hermano del emperador de Alemania. Había sido elevado á la dignidad cardenalicia y desempeñaba el arzobispado de Toledo, la primera mitra de España por su jurisdicción y riqueza. Cuando en 1596 se le nombró gobernador de las provincias rebeldes, fué preciso, por razón de su estado, impetrar del Papa las necesarias dispensas para que pudiese trocar, sin escrúpulo, el báculo por la espada. En realidad, el archiduque prelado no sucedió inmediatamente al de Parma, sino al archidu-